

tonieta á quitar el forro delgado de encima. Debajo habia otro rollo de papel, escrito con letra muy menuda, difícil de leer.

—¿Qué es eso? preguntó la infanta impaciente.

—Mira! contestó María Antonieta con apagada sonrisa: Plan para la fuga de la familia real. Apréndase de memoria y quémese. ¡Ay! Hermana mia, ¿crees posible nuestro escape? Oyóse fuera á la sazón la voz áspera del zapatero que cantaba:

A su vez ella subirá
No se sabe cuándo; sin duda
Madama Veto danzará.

Se estremeció la reina y madama Isabel oró en silencio.

—Ya oyes la respuesta, hermana mia, que el descamisado da á mi pregunta. Bien, pero mientras tengamos aliento tratemos de salvar la vida de Luis XVII. Leamos, sin embargo, el plan de Toulan para nuestra fuga.

CAPÍTULO XXII.

EL PLAN DE FUGA.

MARÍA ANTONIETA y madama Isabel, escucharon atentamente por un rato y cuando Simon empezaba la segunda estrofa de su caucion macarrónica, desdoblaron el rollo de papel y lo extendieron con mucho cuidado delante de ellas en la mesa.

—Lee tú, hermana mia, dijo la reina. Mi vista es mala y ademas me dueñen los ojos. Por otra parte las palabras me hacen mas impresion cuando las oigo que cuando las leo.

—Plan de fuga; empezó leyendo la infanta en voz baja. La reina y la princesa Isabel se vestirán de hombre. Ya están en su poder los vestidos, que T. y L. han ocultado en los cojines y colchones pocos dias há. Ademas, la reina recibe hoy un traje usado de muchacho, peluca y un par de zapatos rotos. Estos son para el delfin y para madama Real. Y si se examinan atentamente esas cosas se verán que son copia exacta de los vestidos que llevah los niños que acompañan siempre al sota despabilador de la torre y que le ayudan á encender los faroles. Esto por lo que hace á los trajes, por lo que toca al plan de fuga, —mañana á las seis de la tarde, los niños se cambiarán sus vestidos en la torrecita inmediata al aposento de la reina; y allí disfrazados de esta manera, permanecerán hasta que alguien dé la señal y los llame, pues se sabe que ese es sitio donde jamas entran Tison y su mujer. T. y L. arreglarán de modo que esten de guardia otra vez mañana en la torre. A las siete de la noche T. dará un polvo de que son muy afectos, á la dragona Tison y á su marido. Este polvo les hará dormir por siete horas seguidas como troncos, y en ese espacio de tiempo bien podrá hacerse lo demas....

—Espera un poco, dijo la reina á la lectora. La cabeza se me va y el corazon me late fuertemente, como si estuviéramos poniendo en ejecucion el plan. Se me figura que en la oscuridad de la espantosa noche que nos rodea, un rayo de luz asoma de léjos y me deslumbra. ¡Ah! Hermana mia, ¿crees posible que escapemos de este infierno?

—Lo creo firmemente. Depende de Dios, sin embargo, que escapen nuestros cuerpos ó solamente nuestras almas. Si fallamos, nos matan de seguro. ¡Ah! mi noble reina y hermana, roguemos á Dios nos dé valor y constancia para esperar en él y conformarnos á su voluntad.

—Sí, hermana, oremos; contestó la reina cruzando las manos y doblando la cabeza sobre el pecho. Continúa la lectura ahora; agrego despues de una buena pausa en que pudieron oirse las risotadas de Simon y sus amigos en el corredor.

Tan pronto como Tison y su mujer se rindan del sueño, prosiguió leyendo la infanta en el tono de ántes, la reina y su cuñada se disfrazarán segun se les ha indicado. Sobre las ropas de hombre se echarán las capas que les llevó ayer T. y que servirán para mejor disfrazarlas. Debe tenerse especial cuidado que se asemen por debajo de las capas los cabos de las fajas de los comisarios que L. llevó ayer junto con las papeletas de entrada. Así disfrazadas, las dos señoras no encontrarán dificultad en pasar por delante del centinela, á quien enseñarán la papeleta, sin dejar de hablar con L., salir del Temple é ir con su guía á la calle de Conderie, donde esperará J., para llevar las señoras á otra parte.

—Pero no se dice palabra de los niños, observó la reina. ¿No nos acompañarán? No es posible que esperen que yo deje este funesto sitio quedándose en él mis hijos. ¿Qué se hará con ellos?

—Pronto lo sabrémos. A las siete (leyendo), así que se mude la guardia, un hombre en traje de sota despabilador, con alcuza en la mano, se presentará á la puerta del Temple, llamará en alta voz y pedirá que se permita salir á sus hijos que han tenido á su cuidado la farola. Con esto, T. bajará al delfin y á madama Real en su disfraz y se los entregará al supuesto despabilador, rependiéndole por su descuido en dejar á sus hijos el cuidado de la farola. Hé aquí el plan de ejecucion fácil si se siguen al pié de la letra todas las advertencias. Se pasarán siete horas ántes que se eche de ver la fuga y en ese tiempo y con los pases que ha conseguido J., bien puede ponerse en salvo la familia real. Hallará ropas sencillas de ciudadanos, en una casa donde la llevará T. despues de su salida del Temple. Sin ningun aparato y acompañada por J. y T. llegará á No. maudá, donde un paquebote, brindado por un inglés amigo, estará listo para trasportarla....

—Buenos dias, madama Tison! gritó el delfin á todo su torrente. ¡Buenos dias mi querida madama!

A toda prisa madama Isabel se metió el papel en el seno y María Antonieta apenas tuvo tiempo de ocultar la bola de hilo en el bolsillo del vestido, cuando la Tison se presentó en la puerta y con sus ojos de linee miraba de pies á cabeza, ya una de las señoras, ya la otra.

Advirtió sin esfuerzo, que María Antonieta no desplegaba la serenidad de su natural alivio, y que las pálidas mejillas de Isabel estaban extraordinariamente animadas.

—Algo ocurre, pensó la espía. ¿Qué significa que hoy no están los comisarios en la antecámara y dejan estas mujeres solas para que charlen y enreden á su sabor? Madama ha es-

tado leyendo, agregó alto hablando con la infanta; y mientras hablaba sus ojos y sus dedos tocaban cuanto objeto habia en la mesa. Sí, madama ha estado leyendo. Oí el ruido del papel. Lo extraño es que no veo libro.

—Os equivocais, repuso Isabel. No hemos estado leyendo, sino cosiendo. Pero suponed que leíamos; ¿hay algun mal en ello? No existe ley que lo prohíba.

—No, contestó la Tison, no... Solo que es extraño que se haga ruido con papel, cuando no hay papel ni libro. Poco importa... Las señoras tienen derecho á leer, nadie lo niega... Es preciso darse por satisfecho.

Dicho lo cual, salió oliscándolo todo y sujetando el mas oscuro rincon de la sala al exámen minucioso de sus escrutadrecres ojos.

—Veamos qué casta de comisarios tenemos hoy aquí: murmuraba ella saliendo al corredor por la puerta lateral. No me sorprenderia que Toulan y Lepitre están de guardia, porque siempre que ellos dos... ¡Tate! exclamó alto mirando á lo largo del corredor. ¿No lo dije? Hé ahí los dos gánzapiros. Voy á ver qué dice sobre eso la mujer de Simon.

Deslizóse por la escalnata abajo, y por la puerta abierta de par en par entró en el cuarto del portero. La mujer de este, una de las calceteras mas feroces, hacia poco que habia vuelto de la plaza de la Revolution y se hallaba en su silla de paja muy ocupada en contar las vueltas de una media de algodon larga.

—¿Cuántas cabezas hoy? le preguntó la Tison.

—No merecia la pena de contarlas; contestó la calcetera sacudiendo á espacio la cabeza, que cubria una papalina blanca de vuelos. No trabaja la máquina. Parece que los jueces se pasan la vida papando moscas. Figúraos, ciudadana Tison, que solo se han despachado hoy cinco carretas, cada una con siete personas escasas.

—¿Qué dice, ciudadana Simon? Treinta y cinco cabezas solamente? Dia perdido.

—Sí, la miseria de treinta y cinco cabezas y para eso nos hicieron aguardar todo el dia, Treinta y cinco. No da mas la cuenta. Así resulta de las vueltas de las medias que he estado tejiendo en las gradas al agua y al frio. No trabaja la máquina, repito, ciudadana Tison, ni vale la pena ir allá.

—Es preciso que se mueva, dijo la Tison con expresion feroz. ¿Qué hace el ciudadano Marat? El ciudadano Simon es preciso que vaya á verle y le diga que la cosa va mal como va, que sus amigos las calceteras, vos y yo, y la otra y la de mas allá, no están satisfechas, y que si se descuidan, las mujeres se levantan y llevan á todos los hombres, excepto los buenos ciudadanos, á la guillotina. Que se meneen los descamisados y se meneará la máquina, como es debido.

—Que se meneen es lo que yo digo; agregó la Simon poniendo en movimiento las agujas de calceta. Yo misma hablaré al ciudadano Marat, que no tengo pepita en la lengua, ni me meten miedo los grandes hombres. Le hablaré, le entusiasmaré y ya verá la ciudadana Tison si se aumentan ó no las carretas y si caen como piedra las cabezas en la canasta. Ojo avisador, ciudadana, y no haya miramiento con los sospechosos.

—No me duermo nunca en las pajas, repuso la Tison riendo. De léjos huelo yo los traidores. Y sin ir mas distante, ¿teneis confianza, ilustre ciudadana, en esos dos comisarios Toulan y Lepitre? El diablo me lleve si son lo que aparentan.

—Maldita la confianza que tengo en esos pájaros, contestó la Simon jugando entonces las agujas con nerviosa rapidez. Yo no me mamo el dedo, ni nací ayer, ciudadana; y en estos tiempos no hay que fiarse de nadie, ménos que todo en los que manifiestan gran deseo de vigilar la Austriaca. El verdadero republicano, vos lo sabeis ciudadana, desprecia la aristocracia y se hastia de ponerse en contacto con ella. Toulan al contrario, no se halla sino cerca de semejante broza. Esperad, Veamos cuántas veces ya han estado de guardia este mes Toulan y Lepitre.

Sacó un librito de memoria del ridículo que por una gasa negra del mugre, colgaba de su brazo membrudo y seco.

—Hé aquí, la cuenta exacta; dijo hojeando el libro. Hoy estamos á 20 de febrero y han entrado de guardia una, dos, tres, cuatro... ocho veces. Es decir, tres veces mas de lo que debian en el mes; porque la obligacion es servir la guardia una vez á la semana en el Temple. Y es que mi marido es tan estúpido y ciego, que cree al parlanchin de Toulan cuando viene y le dice:—No me hallo sin el ciudadano Simon. A mí que no vengan con semejante paliq. Está por nacer el que me eche tierra en los ojos.

—Ved, ciudadana Simon, y es que hoy no hacen la guardia en la antesala, sino fuera, en la meseta de la escalera. Entre tanto la puerta de la sala de la viuda Capeto está cerrada y ella á sus anchas y enteramente sola.

—¡Sola! exclamó la calcetera furiosa, con cuyo motivo chocaron las agujas de tejer, oyéndose claramente el retintín del acero. Sin embargo, añadió con mas calma, mi marido no tiene toda la culpa. Toulan es el culpable, con su charla y su labia ha engañado á los comisarios y los ha alejado de su puesto. No creo que ha obrado por malicia, sino por compasion hácia la Austriaca, y esto basta y sobra para hacerle sospechoso y para que se le denuncie y castigue. Si, es necesario ponerle la mano encima. Fuera, fuera del Temple con los tales blandos de corazon. ¿Están todavía en el corredor, decis?

—Sí, ahí se estan jugando á los naipes, fumando, charlando y cantando, mientras la loba con su cria se halla sola y se hallará así por dos horas mas, pues hasta entónces no se cambia la guardia.

—Claro, claro que sí, repitió la calcetera con las narices aventadas de furor. Ahí se pasarán la vida, mi marido con tamaña boca abierta, oyendo las zalamerias de esos dos bribones. Ciudadano Simon para acá, ciudadano Simon para allá... Picardías! Os juro, ciudadana, que le sacaría los ojos á los embaucadores con estas agujas y me quedaría tan fresca... Esperad, esperad. Cada cosa á su tiempo. ¿Queréis ocupar mi puesto aquí por media hora? Tengo una comision importante, muy importante que desempeñar.

—Es una honra, repuso la Tison, honra grande sustituir á una persona tan conocida y res-

petada, como la ciudadana Simon. Porque en efecto, no la hay mas animosa ni mas patriótica. ¿Quién la vio jamas temblar, ni cerrar los ojos, cuando caen las cabezas como piedra de la guillotina? Nadie.

—Puede decirlo así la ciudadana Tison con entera verdad. Porque si yo temblase, si pesañease siquiera me reventaría los ojos á puñetazos; dijo ella con impetuosidad echándose á la espalda un pañolon raído y arrugado. Dígole en verdad, que como yo encont. ase en mi corazon una chispa de simpatía, le inundaría en sangre de aristócratas hasta apagarla. Me despreciaría á mí misma, porque era prueba de falta de patriotismo y de amor filial. ¿Quiénes han causado la ruina y miserias de nuestra patria? Quiénes asesinaron á mi padre? Los malditos aristócratas. Le asesinaron por traidor. ¿Cuál fué su traicion? Repetir alto lo que le decian en secreto sobre la Austria, que entonces era nuestra reina, y que el rey era un ciego instrumento en manos de su astuta esposa. Y le fusilaron, por decir la verdad. Pero haré mi deber, y si está en mi mano, no volveré á levantar cabeza los aristócratas y los realistas. Todos, todos ellos á la guillotina por carretadas. Si vierais el placer que siento cuando veo caer cabezas, jóvenes, viejas, hermosas, distinguidas!... Sentaos aquí y alerta. Pronto volveré.

Y no tardó en volver esta digna virago, con triunfante aspecto y relampagueantes ojos, pareciendo poco mas ó ménos como el gato cuando tiene un ratón en la boca y le hace crujir los huesos entre los agudos dientes. Sentóse, tomó otra vez la labor y rogó á la Tison tornara á su puesto, diciéndole:

—Y cuando le venga á pelo, ciudadana, tiéntele la ropa á la Austria y quémela la sangre. De ese modo mereceis bien del pueblo y de Dios.

—Difícil es mas de lo que creéis, ciudadana Simon, quemarle la sangre; repuso la Tison suspirando. De algun tiempo á esta parte se ha puesto mas suave que un guante. Ha cambiado mucho la viuda desde la muerte de Luis Capeto. Ya parece que nada la mueve ni irrita.

—Veo que todos vosotros sois muñecos de cera, exclamó la Simon de malísimo humor. A vosotros los criaron con leche, está claro. A mí no, á mí me criaron con hiel. No tenia yo diez años cuando fusilaron á mi padre, y no se pasó dia sin que mi madre me dijese que era preciso beber la sangre de los aristócratas. Miradme. Apénas cuento veinte y cuatro años de edad y ya parezco una vieja en el semblante, en la experiencia y en los sentimientos. Nada me conmueve y vivo por vengarme. Creedme, ciudadana, yo en lugar de vos, ya buscaria medio de exasperar la Austria y sacarle lágrimas á los ojos.

Bien, decidme cómo. Realmente me alegraría saber de qué modo podria hacerse llorar á esa encarnación del orgullo.

—No tiene ella hijos? preguntó la Simon con horrible impasibilidad. Pues yo atormentaría á los hijos y de seguro que se ponía mas mansa que una ovejita. Puede contarse por dichosa de que yo no ocupo el lugar de la ciudadana Tison y de que sus hijos no están bajo mi dominio. Pero os juro, que si alguna vez

caen esos lobeznos en mis manos, chillarán de gana y la loba aullará de rabia. Suba, suba y pruebe. Atormentad á los chicos, para que reviente la madre.

—Fácil es decirlo, murmuraba la Tison, subiendo la escalera; pero ella no tiene hijos y yo tengo una hija á quien quiero mucho. Por fortuna no está aquí, sino con mi madre en Normandía; cuánto mejor lo pasa allá, en que no se ven las escenas de sangre y los horrores de París! Pero siempre pienso en ella y cuando uno de estos dos niños me mira con sus grandes y tristes ojos me hace acordar de mi pobre Sofia. Ella tiene los mismos rasgados, inocentes ojos. Esto me toca al corazon, de manera que no puedo ser dura con ellos. Y es que ellos no tienen tampoco la culpa de que sus padres sean malos y hayan tratado al pueblo del modo que lo han tratado. No, ellos no tienen que ver con eso. Haré á la Austria cuanto mal pueda, á sus hijos....

Entre tanto la portera continuaba en su asiento tejiendo calceta y mirando para el espacio oscuro y vacío, como una esfinge, ó automática, con las manos en movimiento y el cuerpo en perfecta calma. Se hallaba muy afanada todavía, cuando bajó su marido las escaleras para abrir la puerta exterior del Temple, conducir sus amigos hasta el primer patio, y traer los dos comisarios que debian montar la guardia durante la noche.

Pasaron por delante de la calcetera, saludándola y diciéndole una chanza. Toulan se detuvo un instante, preguntó por la salud de la portera, cumplimentándola por su valor y fuerza de carácter.

Ella escuchó tranquilamente, le dejó decir cuanto quiso y luego que terminó, levantó á él los grandes y negros ojos y le dijo con frialdad y sin agitacion:

—Sois un traidor y tarde que temprano ireis á la guillotina.

Palideció un tanto Toulan, pero se repuso pronto, se despidió de la calcetera con una sonrisa, y se apresuró á reunirse con sus compañeros, que le esperaban con la puerta abierta, habiendo entrado ya los que debian montar la guardia por la noche.

Cerró la puerta tras ellos, despues de trocar unas cuantas chanzonetas y luego se dirigió á la portera al lado de su cara mitad.

—Hemos pasado una tarde agradable, dijo el portero entrando. Siento que haya sido tan corta, porque me he divertido mucho. Hemos jugado á los naipes, cantado, fumado y reído hasta mas no poder. Ese Toulan se pinta solo para un cuento. Y luego los cuenta con tanta gracia, que se muere uno de risa. Me admira de donde saca tantos cuentos. Ahora que él se ha ido todo lo hallo soso, pero mañana sera otro dia.

—¿Qué quieres decir? le preguntó la mujer con gravedad. ¿Cómo esperas tú pasar el dia de mañana?

—Agradablemente, mi querida Eloisa, porque el ciudadano Toulan vuelve á entrar de guardia. Tanto le rogué que al fin consintió en cambiar con el ciudadano Pelletan, cuyo turno ocurre mañana. Pelletan no está bueno y seria muy molesto para él pasarse aquí el dia con los brazos cruzados. ¿Quién lo aguantaba! Por el contrario, si viene Toulan.

No dijo al pronto palabra la mujer, sino que estalló en una carcajada ruidosa y burlona y le clavó los ojos á su marido, cuyo rostro se encendió al punto de la cólera ó de la vergüenza.

—De qué te ries? preguntó este de mal humor. Cuando te pones así quisiera estar á cien leguas de tí. ¿De qué te ries, maldiciente?

—Me rio, contestó ella, de V., señor Juan Lanas. Me rio, porque veo que estás empeñado en ser asno, y en que te echen tierra á los ojos. ¿Pues no te pones á la disposicion de todo el que quiera pasarte la mota.

—Va! exclamó Simon. La de siempre. Mira, que si se me sube la sangre á la cabeza....

—¡Chiton! replicó la Eloisa en tono y aire de mando. Te voy á probar que te he dicho la verdad desnuda, y que si no eres asno estás á punto de serlo. Escucha.

Y dando de manos á la labor, se acercó á su marido y tuvo con él una larga conversacion en secreto. A medida que ella hablaba, torcia él el gesto hasta que se puso en pié y empezó á pasearse arriba y abajo del cuarto. A veces se detenía y sacudia el puño en el aire hacia los aposentos de arriba.

—La pagaré, murmuró, por Dios vivo que la pagaré con las setenas. Seductora. Vea V., hasta en la cárcel usa de coqueterias y solo se ocupa de trastornarle la cabeza á los hombres. Es una vergüenza, un escándalo y tendrá que pagarla. Ya buscaré yo medio de vengarme.

Toda la prima noche estuvo la Tison en su puesto, detras de la puerta vidriera. Siempre que la reina echaba una mirada furtiva hacia allá, se encontraba con los ojos relumbrantes y malignos de la espia, que seguian sus menores movimientos con el mayor descaro.

Al fin llegó la hora de acostarse, hora que la reina aguardaba con marcada impaciencia. Por la noche al ménos no la vigilaban; habiéndose juzgado superfluos, despues de la muerte del rey, los centinelas de vista, así que se encendian las velas y se cerraban con llave las tres puertas de comunicacion de los aposentos que ocupaba la familia real con los restantes del edificio.

¿Lloraba y gemia de noche María Antonieta? Conversaba con su hermana, dormía ó no pegaba los ojos en toda ella? Este privilegio al ménos le concedian sus verdugos: unas cuantas horas de franquicia y soledad durante las altas horas de la noche.

Pero aquella á que nos referimos ahora, no lloró ni gimió María Antonieta; no se ocupó del pasado sino del porvenir; un rayo de esperanza habia vuelto á alumbrarla en las tinieblas de su camino.

—¡Escapar, respirar una vez mas el aire libre! qué dicha! decía ella. ¿Lo crees tú? Lo consideras posible, hermana mia?

—Me alegraría creerlo; contestaba Isabel. Pero algo en mi corazon me hace acordar de Varennes, y lo único que pido á Dios es que nos dé fuerzas para sobrellevar el mal que nos hacen. Debemos, sobre todo, conservar calma y constancia y estar preparados para cualquier cosa.

—Dices bien, Isabel. Cuando se sufre lo que hemos sufrido nosotros, es casi mas difícil esperar el bien que prepararse para el mal. Me

reprimiré, no lo dudes. Volveré á leer las instrucciones de Toulan y luego que las aprenda de memoria, quemaré el papel, que siempre es peligroso conservarlo.

—Y mientras haces eso, desenvolveré la bola de hilo que nos trajo Toulan y que ciertamente contiene algo pesado.

—¿Qué corazon tan noble y generoso, el de nuestro amigo Toulan! dijo la reina. Su valor es grande, su fidelidad invencible, su generosidad heroica! Cuántas veces le he rogado me diga qué desea, ó que me permita pagar con dinero sus favores! Siempre se ha negado, no quiere nada, no recibe blanca. Ah! Isabel! de todos los que se me han acercado, él es el primero que se contenta con una palabra benévola. Ayer, preguntándole de qué manera podia yo recompensar sus favores, me contestó: Me basta que V. M. me considere como el mas fino y leal de sus servidores. Llamadme fiel, y si quiere darme prenda todavía mas grande de la estimacion que hace V. M. de mí, regáleme el frasquito dorado que V. M. usó en el Logógrafo. Se le dió. Se arrojó para recibirle y cuando me besó la mano sentí en ella sus lágrimas abrasantes.

—Dios es bueno y grande, dijo Isabel sin dejar de desenvolver el hilo. Para que no perdamos la fé en la humanidad y la confianza en el hombre, en su infinita merced nos ha enviado á ese joven noble, bizarro, leal y desinteresado, cuyos heroicos hechos en favor nuestro, son mas que suficientes para compensarnos y hacernos olvidar los males que otros nos han causado.

Con esto la reina continuó el estudio de las instrucciones, á fin de aprenderlas de memoria, antes de consignar el papel á las llamas, é Isabel no cesó de deshilar hasta que puso de manifiesto el paquetito que formaba el corazon de la bola.

—Toma, Antonieta, dijo ella, es para tí.

Tomóle con mano temblorosa, desdobló el papel con cuidado, é hizo una exclamacion apagada, que por poco resulta grito de dolor. Cayó de rodillas y se llevó á los labios el objeto que contenia el paquetito.

—¿Qué pasa, hermana? Preguntó asustada Isabel. Qué pide Toulan?

—Lee, lee, hermana; contestó la reina dándole un papel.

—“Deseaba V. M., leyó Isabel, poseer las prendas que la dejó el rey Luis XVI. Aquí están. Consisten del anillo nupcial de S. M., de su sello, y de un mechón de pelo que él mismo se cortó. Estas tres cosas quedaron en la repisa de la chimenea de la sala del rey. Este se las habia dado á Clery, para V. M., y el director del Temple, las embargó y las puso bajo sello. Yo logré penetrar en esa sala; abrí el paquete sellado, saqué las sagradas reliquias y puse otras semejantes en su lugar, volviendo á sellarlas. Juro por lo mas sagrado y caro para mí, juro por la cabeza de mi reina, que esos son los verdaderos artículos, que dejó en su testamento á su esposa, el mártir Luis XVI. Los he robado para el augusto heredero de la corona, y dia vendrá en que me glorie del robo ante el trono de Dios.”

—Mira Isabel, dijo la reina mostrando las prendas, cada una de las cuales venia envuelta en distinto papel. Este es el anillo nupcial.

Ahí están las cuatro letras, M. A. A. A., 19 de abril 1770, que fué el día en que nos casamos, día de regocijo para el Austria y también para la Francia... Hé aquí la estampilla. Es de cornelina, grabada por ambos lados, en el uno las armas Francesas, en el otro el retrato de nuestro hijo el delfín de Francia, con el yelmo en la cabeza. Hijo, pobre hijo mio, llevará tu amorosa cabeza otro ornamento que la corona del mártir? Te concederá Dios llevar el yelmo del guerrero para batallar por tus derechos y tu trono? Qué júbilo experimentó mi marido cuando le regalé esta estampilla en día de su natalicio! Con qué ternura contempló las menudas facciones de su hijo y sucesor! Y ahora, ¡qué horror! Luis XVI cruel, escandalosamente asesinado, y el que debía ser Luis XVII, no es mas que un misero niño encarcelado, rey sin corona, sin esperanza, sin porvenir!

—No, no, Antonieta, dijo Isabel, no digas que no hay esperanza ni porvenir para Luis Carlos. Pon tu confianza en Dios y espera que tendrá un feliz resultado la empresa que vamos á ejecutar mañana, que nos veremos libres de esta cárcel, y que llegaremos á Inglaterra. Esperemos que saldrá bien el plan osado de Toulan, y que el hijo de mi querido hermano, en día porvenir, ya hecho hombre, se pondrá el yelmo, ceñirá la espada, reconquistará el trono de sus padres y tomará posesion de él como rey Luis XVII.

—Esperemos, hermana mia, repuso la reina, que al fin hay en ello algun consuelo. Aquí está la tercer reliquia. Mira. Es un mechón de sus cabellos. Esto es lo único que nos queda del rey mártir, desgraciado marido de desgraciada esposa, misero rey de mas misero pueblo. Ah! Los crueles no respetaron tus cabellos canos, ni tus virtudes y con el hacha....

La reina dió un chillido de horror, se enderezó, y levantó ambas manos al cielo, en ademán de exhalar una deprecacion ó imprecacion, difícil es decidirlo. Pero la princesa Isabel se arrojó en sus brazos y con un beso afectuoso cerró sus labios frios y convulsos.

—¡Oh amor de Dios, hermana, le dijo, habla quedo. Si la Tison ha oído tu grito, estamos perdidas. Calla. Me parece que oigo pasos. Oculta todo eso. Acostémonos. Listo.

Ambas mujeres efectivamente se metieron en la cama á la carrera, ocultando ántes papeles y prendas con todo esmero.

—Ahí viene, añadió Isabel, hagámonos las dormidas.

La infanta tenia razon. La puerta vidriera, que del dormitorio de los niños daba al pasadizo y por allí al cuarto de la mujer Tison, se abrió despacio y con cautela y ella en persona entró con una lámpara sorda en la mano. Paróse en el quicio y se puso á escuchar y espiar en torno. Bien pudo oír en la cama de los niños la respiracion igual, indicadora de un sueño pacífico, al paso que todo era silencio en el cuarto inmediato donde dormian las señoras.

—Es que oí ruido bien claro, murmuró la Tison. Me hizo despertar, y despues oí la conversacion de dos personas.

Se encaminó á la cama de los niños y les alumbró la cara.

—Duermen, dijo á media voz, no fueron

ellos los que gritaron ni hablaron. Pasó al otro cuarto con el mismo tiento. Las dos señoras yacian inmóviles en sus lechos, cerrando los ojos y rogando á Dios les diera valor y resignacion.

Se dirigió primero á la cama de la infanta y le echó la luz á la cara, de cuyas resultas al parecer despertó.

—¿Quién es? preguntó. Qué ha sucedido? Qué ocurre hermana? Dónde estás tú, María Antonieta?

—Aquí, aquí, Isabel mia, gritó la reina incorporándose en la cama como si despertase. Por qué llamas? Quién está aquí?

—Soy yo, dijo la Tison de mal humor. Eso es lo que sucede siempre con los que no tienen su conciencia limpia. El mas ligero sonido les asusta.

—Nuestra conciencia está tranquila, repuso Isabel con amabilidad. Pero sabeis que si nos despertan de repente no podemos ménos de asustarnos. Creíamos que nos despertaban para darnos buenas noticias.

—Lo creo, agregó la Tison con risa burlona. ¡Buenas noticias! Es decir, malas noticias para el pueblo Frances. No. Gracias á Dios, no las despierto para darles buenas noticias.

—Bien, dijo la reina con suavidad, decidnos para qué nos despertó á cualquier cosa que tenga que comunicarnos.

—Nada tengo que comunicarles, fuera de que saben Vds. muy bien que yo no las desperté, sino que Vas. estaban despiertas, hablando y haciendo bulla. Chiton! No hay que replicarme. Sé que tienen Vds la boca donde la tienen los que mienten. Lo único que les digo es, que mis ojos y orejas están siempre abiertos. Nada se me escapa. Vds. han hablado y gritado, y si vuelve á ocurrir, daré parte al director y haré que les pongan otra vez centinelas de vista día y noche. Así habrá tranquilidad, al ménos en las horas destinadas al descanso.

—Pero, dijo la infanta con timidez, querida... —Silencio! la interrumpió la Tison en tono imperioso. Yo no soy su querida, soy la esposa del ciudadano Tison y no necesito del cariño de Vds., porque ya se sabe á donde eso conduce....

Dicho esto, registró todos los rincones y objetos del cuarto con la mayor escrupulosidad y luego salió de allí, conforme vino. Se detuvo otra vez delante de la cama de los niños y los estuvo contemplando con enterneamiento. —¿Con qué tranquilidad duermen! Ahí se están como estaban ántes. Creeríase que se rien. Supongo que juegan con los ángeles. Me alegraría saber cómo entran los ángeles en este horrible y viejo Temple, y lo que dirían Simon y su mujer si supieran que entraban sin licencia suya. Ve, ve, el chico se rie de nuevo y extiende los brazos, como para coger los ángeles. ¡Ah! Si dormirán tu Sofia tan apaciblemente como estos niños! Se sonreirá ella y jugará con los ángeles? Señalará con sus padres? Ah! quién la viese! Cuando te verá y te abrazará tu pobre madre?... (2)

(2) Esta mujer se volvió loca, y el primer síntoma de locura que presentó, fué ponerse de rodillas delante de María Antonieta y pedirle perdon por todo lo que le habia hecho sufrir.

No pudo continuar. Las lágrimas ahogaron la voz en su garganta. Se apresuró á salir, con el fin de acallar el dolor por la ausencia de su hija querida.

CAPITULO XXIII.

LA SEPARACION.

DESPACIO y pesadamente corrieron las horas del siguiente día. ¿Dónde estaba Toulan? Por qué no venia? Esperóle la reina en todo aquel largo y espantoso día con febril ansiedad. Escuchó todo sonido, todo paso que se aproximaba, toda voz que repetía el eco de los corredores. A las doce debió venir para montar la guardia. A las seis, hora de encender las farolas, habia que disfranzarse. A las siete era de ponerse en ejecucion el bien trazado plan de fuga.

Ya habia tocado las cuatro de la tarde el reloj de la torre del Temple, y no habia venido Toulan ni relevado la guardia de la mañana. Para comer y descansar la habian soldado al medio día solamente, y entre tanto Simon y Tison desempeñaron la guardia, mortificando á la reina con palabras y acciones como para mejor entretenerse. Al fin de evitar el lenguaje y la vista de estos hombres, habia huido ella al cuarto de los niños, á quienes señalaba lecciones la princesa, á su modo tranquilo y reposado.

Iba María Antonieta en busca de proteccion de la terrible ansiedad que atormentaba su espíritu, así como tambien de las groserías de sus guardadores. Pero allí tropezó con la Tison, que tras la puerta vidriera, miraba hácia dentro con aire siniestro, sin dejar de tejer medias y batir las agujas por la priesa y el temblor de las manos.

No podia pues la reina expresar de palabra ó por accion lo que sentia, porque despertaria quizas sospechas, y haria que se procediese á un registro. Fuerza era sufrir en silencio, aparecer indiferente y serena; dar contestaciones risueñas á las inocentes preguntas del delfín, y aun sonreírsele, cuando él comprendiendo por instinto, la tempestad que reinaba en el pecho de su madre, trataba de animarla con palabras halagüeñas.

Tocó el reloj las cinco y aun proseguia la ausencia de Toulan. Empezó á sentir una especie de calorío interior que le subia al corazon, y en el horror que dominaba todo su ser, tuvo conciencia por la primera vez de su gran apego á la vida y de la tenacidad con que esperaba encontrar medio de escapar de su prision.

Quedaba todavía una hora de espera, la última! Si sonaban las seis y él no habia llegado, todo estaba perdido. Esto queria decir que las puertas de la cárcel se habian cerrado para siempre, no abriéndose ya sino para que María Antonieta caminase á la guillotina.

Habiase retirado la mujer Tison y su rostro frio y burlon ya no se discernia á través del cristal. Tambien se habian retirado los guardas de la antesala y tras ellos se habia cerrado la puerta del corredor. ¡Al ménos la reina estaba á salvo de las miradas de los vigilantes! Podia pues arrodillarse, alzar sus manos juntas á Dios y rogarle en silencio tuviese de ella pie-

dad y la librase de sus enemigos. Podia llamar á sus hijos, estrecharlos contra su corazon y encargales reserva si veian algo extraño, y no sorprenderse si los vestian en trajes á que no estaban acostumbrados.

—Mamá, preguntó el niño en baja voz, ¿vamos á Varennes otra vez?

Estremecióse la reina á la pregunta y ocultó la cara en el seno de la virtuosa princesa.

—¡Ah! hermana, exclamó, me sofoca esta ansiedad. Comprendo que esta hora va á decidir de la vida de todos nosotros y se me figura que ya la muerte me extiende su fria y descarnada mano. Estamos perdidos, y mi hijo, mi hijo infeliz, no llevará otra corona que la del martirio....

Callóse la reina, porque en aquel punto tocó las seis el reloj de la torre. Momento crítico. El sotadespabilador debia venir. Si fuese Toulan, podian salvarse. Algun lance imprevisto le habrá detenido, y quizas venga en el último instante disfrazado de sotadespabilador. Esta era una esperanza, el rayo último y apagado de esperanza.

Se oyen pasos en el corredor, voces!

La reina sin respirar, con ambas manos cruzadas sobre el corazon, que cesó de latir por un instante y luego latió con doble rapidez, tenia el oído y el alma puestas en la puerta de la antesala, esperando por momentos que se abriera. Se aproximó la princesa Isabel y le puso una mano en el hombro. Los dos niños, aterrorizados por causa que no atinaban á comprender, se habian arrimado al brazo y cuerpo de su madre lo mas que podian, y con tamaños ojos abiertos miraban á la puerta.

Se acercaron los pasos, las voces se hicieron mas perceptibles. Abrióse la puerta en que los cuatro presos tenian fija la mirada, y.... se presentó el encendedor de los faroles. Pero no le seguia Toulan, sino sus dos hijos, como de costumbre.

A la reina se le escapó un hondo suspiro, echó los brazos en torno del delfín, con un movimiento convulsivo y murmuró:

—Hijo, querido hijo mio! Disponga Dios de mi vida, con tal que conserve la tuya!

¿Dónde estaba Toulan? Dónde habia pasado todo aquel espantoso día? Por qué faltaba á la cita, el fiel, el bravo, el infatigable campeón de María Antonieta?

En la mañana del día fijado para la fuga, salió él de su casa, despidiéndose solemnemente de su Margarita. A la hora de la separation le dijo por la primera vez que habia llegado el momento de acometer la arriesgada empresa de libertar á la reina y á sus hijos ó morir en la demanda. Contuvo sus lágrimas y suspiros su leal y animosa jóven esposa, para darle su bendicion y decirle que rogaría por él, y que si sucedia que perecia en servicio de la reina, que ella moriria tambien á fin de reunirse en mundo mejor.

Besóla en los ojos Toulan, le agradeció su cordial resignacion, y la dijo que nunca la habia amado tanto como en aquel instante en que corria á la muerte por otra señora.

—Ahora que vamos á separarnos, quizas para siempre, añadió, te voy á dar la cosa mas querida y sagrada que poseo: esta botellita dorada. Diómela la reina y en un pedacito de papel que encontrarás dentro escribió ella,—

Recuerdo para Fiel. Porque este es el título que me da por lo poco que he podido hacer en su obsequio. Si muero conserva ese recuerdo para nuestro hijo, á quien se lo entregará cuando llegue á la mayor edad, diciéndole al mismo tiempo que se lo legué en la esperanza de que se haría digno de él, que viviría y moriría como valiente, fiel vasallo del rey, que, Dios mediante, será el hijo de María Antonietta. No te he hablado ántes de estas cosas, porque dudase de tu discrecion, Margarita, sino porque no queria hacerte sufrir de antemano. Ahora parto para ver de salvar á la reina. Si salgo bien de la empresa, volveré esta noche á las diez para verte. Pero si no vuelvo, si no sabes de mí en toda la noche, entónces. . . .

—Entónces ¿qué? dijo Margarita con expresion de la mayor ansiedad.

—Entónces, agregó él melancólicamente, fuerza es que haya perecido. No llores. Valor, Margarita. Cara placentera á los vecinos, á los amigos y á los espías. No cierres la puerta, cosa que yo pueda deslizarme en casa á cualquiera hora. Sobre todo la entrada secreta á mi cuarto no debe estar obstruida. Puede que venga con otro.

—Te esperaré día y noche, repuso ella.

—Y ahora mi Margarita, un último beso y adiós. El señor te ampare.

—Espera, alma mia. ¿Te vas sin abrazar y besar á tu hijo?

—Sí, Margarita. Temo que si vuelvo á su cuna me falte el ánimo para partir, y es fuerza que me arme de valor y resolucion. ¡Adios!

Y sin volver la cara atras para mirar á su esposa, corrió á la calle y tomó el rumbo de su destino. Pero al volver la primera esquina se dió de manos á boca con Lepitre, que venia en direccion contraria, pálido y muy agitado.

—¡Gracias á Dios que te encuentro! exclamó. Corria á tu casa. Es preciso que huyamos. . . Todo se ha descubierto. La fuga precipitada es lo único que puede salvarnos.

—¿Qué se ha descubierto? preguntó Toulan con calma. Vamos, di.

—“Por amor de Dios, no nos estemos aquí en la calle plantados; porque ya andan detras de nosotros los sabuesos del tribunal insurreccionario. Entremos en esta casa inmediata, que tiene un callejon corrido á la otra calle. Escucha. Estamos denunciados. La esposa de Simon ha delatado nuestros nombres á la comision de salud pública como de personas sospechosas, fundada en el dicho de la mujer de Tison, quien afirma que la reina y su cuñada nos han sobornado y que somos los conductos por donde ellas saben cuanto pasa fuera del Temple. El fabricante de alfombras Arnault, acaba de denunciarnos públicamente en el club de los Jacobinos. Repite que sabe por la mujer de Simon, que tanto tú como yo hemos conversado en secreto con las presas y les hemos comunicado noticias muy halagüeñas al ménos para la reina.” Con esto, han borrado nuestros nombres de la lista de los comisarios que pueden montar la guardia en el Temple y excluidonos de la comision que se está formando hoy en el barrio.

—¿Y es eso todo? Esas son las malas noticias que me traes? Entónces el proyecto de fuga no se ha descubierto; no es así? Además, nada de positivo se sabe contra nosotros.

No harán caso de la charla de dos viejas y necias por añadidura.

—Por Dios, amigo mio, no digas desatinos. Se sospecha de nosotros. ¿No basta ahora la mera sospecha para acusar y castigar á cualquier cristiano? Qué sospechoso se declara inocente? No te rias, Toulan, ni sacudas la cabeza. Créeme, estamos perdidos sino huimos y nos ocultamos en alguna parte lejos de Paris. Estoy resuelto á poner tierra por medio, y partiré dentro de una hora á lo mas. Sigue mi ejemplo, amigo. No arriesgues la vida neciamente. Sígueme.

—No, dijo Toulan imperturbable. Me quedo. He jurado consagrar mi vida en servicio de la reina y cumpliré mi juramento mientras me dure la vida. No me alejaré de aquí en tanto que haya la mas remota posibilidad de ayudarla. Si no se puede emprender la fuga hoy, trataremos de efectuarla en la primera ocasion favorable. Yo no debo desamparar el puesto.

—Intil propósito, dijo Lepitre apesarado. Te echarán garra ¿y entónces? No podrás ser de utilidad ninguna á la reina.

—¿Qué disparate! repuso Toulan confiado. No me pillarán desde luego. La fortuna favorece siempre á los osados y te voy á probar que en mi caso no falla la regla. Vete tú, amigo mio, ponte en salvo, Dios te conserve la vida y te conceda tranquilidad de espíritu.

—Estás enojado conmigo, Toulan, porque me consideras cobarde; pero te repito que tu temeridad no conduce á otra cosa que á la destruccion.

—No estoy enojado contigo; contestó con sonrisa Toulan. Ni espero que tú lo estes conmigo. Cada cual debe hacer lo que puede y lo que le dictan su corazon y su cabeza. Por esto no es mejor uno que el otro. ¡Adios! Consérvate, si quiera para que haya alguno que sirva á la reina, en caso que yo muera.

—Así pues, dame la mano. Si al fin decides huir, corre á Normandía, y en la aldea de Serne, cerca de Dieppe, me encontrarás sin duda. Mi padre te recibirá y tratará como si fueras hermano mio.

—Gracias, amigo mio, gracias! Otra vez la mano. Tú te vas y yo me quedo.

Siguió andando Toulan y derecho fué á la sala donde celebraba sus sesiones la comision de salud pública.

—Ciudadanos y hermanos, dijo alto y resuelto, se me ha dicho que estoy denunciado por sospechoso. No han faltado amigos que me aconsejaron fugar; pero ni soy cobarde, ni tengo motivo ninguno de inquietud, y en vez de huir vengo á inquirir la verdad. ¿Es posible que se me retire el dictado de patriota al punto de tenerme por traidor?

—Sí, contestó el presidente Herbert en voz bronca y dura. Se sospecha y desconfía de vos, ciudadano Toulan. Os ha echado los ojos de zorra, la miserable seductora María Antonietta, y sin duda logra sus siniestras miras, si os poneis á menudo bajo su influencia. En consecuencia, hemos borrado vuestro nombre de la lista de los comisarios que pueden hacer la guardia en el Temple, cosa que no os veais expuesto á las viles arterias de la Austruca. Además, como acaba de hacerse hoy nueva denuncia de vos asegurándose que estais en relacion con aristócratas y personas sospechosas,

hemos juzgado conveniente despachar mandamiento de prision contra vos. Hace poco han ido á buscaros á vuestra casa, de modo que no habeis hecho mas que anticiparos al curso de la ley, entregándoos vos mismo.

—Está bien, dijo Toulan con sublime serenidad, luego que á una señal del presidente de la comision se adelantaron un alferez y dos soldados y le rodearon. Sé que llegará el tiempo en que sentireis haber maltratado á un verdadero patriota, en que se deshará el mal que ahora se me hace, y en que mis labios puedan repetir lo que aquí os digo: que os perdono. Estais equivocados respecto de mí. Sé que no obráis por enemistad contra mí, sino por el bien de la patria y amor hácia la república grande y unida. Como hijo sincero y tierno de esa noble y angustiada madre, os perdono el dar oídos á mis injustos acusadores y aun cuando derrameis mi sangre inocente mis moribundos labios bendecirán la república.

—Son sin duda palabras nobles y dignas las que habeis pronunciado; dijo Herbert con frialdad. Pero como las obras resultan en oposicion á las palabras, no es posible que nos apartemos de la linea del deber, ántes nos vemos constreñidos á seguir estrictamente los dictados de la justicia.

—Hé ahí la única cosa que pido; exclamó Toulan muy placentero. Hágase entera justicia, y pronto me veré otra vez libre, saliendo del exámen tan puro como cuando nací al mundo. No hago resistencia. Vamos á la cárcel, ciudadanos. Desearia si que me permitieseis ir escoltado á mi casa para avisar á mi esposa y tomar algunas piezas de ropa que necesitaré en la prision. Debo reclamar tambien que se sellen en mi presencia mis papeles, libros y efectos. Asi vosotros estareis mas seguros de que ni mi esposa ni mis amigos han sustraído nada, y yo quedaré mas tranquilo de que no ha introducido papel que me implique ningun enemigo oculto mio. Os ruego accedais á esta súplica.

Despues de una breve consulta de los miembros de la comision entre sí en baja voz, se accedió á la peticion de Toulan y así se lo anunció el presidente. Dióles las gracias aquel y salió á la calle en medio de los dos soldados. En camino de la casa, él les hablaba con desembarazo, se reia y chanceaba, pero allá en sus adentros se decia, que estaba perdido sin remedio si no se le aprovechaba de la primer coyuntura que se le ofreciese y emprendia la fuga. Así que, mientras reia y charlaba con los soldados y revolvia en su mente miles de planes para escaparse sus negros y penetrantes ojos vagaban en todas direcciones buscando un amigo que le ayudase á salir del aprieto.

Y la fortuna le deparó el que necesitaba. Nos contraemos á Ricard, hombre de su entera confianza.

Llamóle Toulan y de voz en cuello le contó que habia sido denunciado y en consecuencia arrestado, yendo entónces por especial permiso de la comision de salud pública á su casa en busca de ropa.

—Ven, añadió. Como van á poner mis libros y papeles bajo sello, y tú tienes algunos en mi escritorio, bueno será que los recojas en tiempo. Vamos.

Consintió en ello Ricard, con mayoría de ra-

zon que comprendió por una seña de Toulan, que este esperaba tomara como suyos los papeles que podian perjudicarle á él. Llegados á la casa del preso Margarita los recibió sin inmutarse, porque sabia muy bien que con llanto y manifestaciones de temor ó pena, no haria mas que poner de peor condicion la suerte reservada á su marido.

—¡Ah! No te esperaba tan pronto, dijo ella con sonrisa. Ni en tal compañía.

—El hombre pone y Dios dispone, contestó Toulan. Estos señores me acompañarán hasta las puertas de la cárcel.

—¡Oh! exclamó ella riendo. Está buena la broma. Cómo! ¿Toulan, el mejor de los patriotas, preso? Vamos, no te chancees en asunto tan serio.

—No es chanza, dijo uno de los soldados con solemnidad. Está arresado el ciudadano Toulan y viene en busca de algunas piezas de ropa y para que se pongan sus efectos bajo sello en su presencia.

—Y para devolver á su amigo Ricard los libros y papeles que le pertenecen; agregó el mismo Toulan.

—He aquí mis libros y papeles, dijo Ricard, luego que entraron en el cuarto escritorio.

Y sin mas ni mas se abalanzó á la mesa, cogió varios papeles que habia en ella esparcidos y trató de metérselos en el bolsillo de la casa; pero los soldados le echaron mano por el brazo y le impidieron esconderlos. Protestó Ricard, siguióse un altercado, en que Margarita tomó parte, apoyando la pretension del amigo de su marido, y en la disputa, mejor dicho, en la lucha que se armó, se cayó una mesita que habia en medio del cuarto con una garrafa de agua y algunos vasos, haciéndose menudos pedazos.

Aprovechóse Toulan de la bulla y la confusion para abrir la puerta secreta y desaparecer por ella. No notaron los soldados este movimiento, pero sí Margarita y Ricard, quienes continuaron la disputa para dar tiempo á que se pusiese en salvo el fugitivo.

Y les salió bien el ardíd; porque cuando tras larga pesquisa, descubrieron los esbrios la puerta secreta y bajaron por la escalera oculta, ya no encontraron ni huellas de Toulan.

Libre de sus captores, se dirigió á toda prisa á la boardilla que algun tiempo ántes habia alquilado inmediata al Temple, se puso un traje distinto, que algo le disfrazaba y permaneció oculto todo el día.

La noche que siguió á la del inútil intento de fuga, se la pasó María Antonietta sin sueño, recostada en su lecho, pensando en lo que le habia acontecido á Fiel, el cual no creyó ménos sino que habia sido víctima de su noble desinterés y lealdad. De repente rompió el silencio de la noche un cuerno de cazador. Alzó María Antonietta la cabeza y lo mismo hizo su cuñada Isabel; oyendo entónces ambas con bastante claridad los tonos prolongados y quejumbrosos del instrumento. Se sonrieron las dos con una especie de satisfaccion y suspiraron porque aquellos sonidos quitaban un gran peso de sus afligidos corazones.

—¡Gracias á Dios! exclamó María Antonietta. Está salvo. ¿No es esa la melodía que debia avisarnos de la proximidad de nuestro amigo?

—Sí, hermana, esa es. Mientras oigamos

esa música, será prueba que Toulan vive y está cerca.

Y en las siguientes semanas tuvieron las presas el triste consuelo de oír las notas del clarín de Toulan. No volvió, sin embargo, á presentarseles delante, ni á montar guardia en el Temple.

No huyó el valiente campeón de la reina. Comprendió que en París estaría siempre mas seguro, además de que no quería alejarse, porque nunca perdió la esperanza de que se presentaría una ocasión en que poder favorecer la fuga de las presas.

Pero precisamente lo que Toulan esperaba era la pesadilla diaria de la Convencion. Se temía que aun detras de los espesos y triples muros del Temple, á pesar de las rejas y de los centinelas, la reina podía evadirse, ya valiéndose de sus propios artificios, ya ayudada fuera por sus amigos y partidarios. Temíase mas todavía, la escapatoria del muchacho de siete años de edad, sin corona ni trono, que se apegaba á las faldas de su madre como la yedra al muro de la iglesia.

Se habia comunicado á la Comision de salvacion pública, que la gente hablaba acerca del rey pequeño en el Temple y que circulaban anécdotas mas ó ménos enternecedoras sobre él. Hasta un fanático que la daba de profeta, sin temor ni embarazo, iba de calle en calle y de plaza en plaza, anunciando que los lirios volverian á florecer, y que los hijos de Bruto, perecerian todos á manos del reyecito cuyo trono estaba en el Temple. La policía arrestó y le cortó la cabeza á este profeta, es verdad, mas sus profecías encontraron eco en mas de un corazón sensible y compasivo, y despertó cierto interes por el príncipe.

Los Girondinos, patriotas tan nobles como entusiastas, mostraron la mayor solicitud por el mártir real jóven, expresion, que aplicada al delfín en los vehementes y animados discursos de la tribuna, hizo derramar lágrimas de compasion á infinitas personas divorciadas de la monarquía.

Vistió el peligro, la Convencion resolvió evitarlo á todo trance, y para ello, el 1° de julio de 1793, adoptó un decreto: por el cual, se disponía que la Comision de salvacion pública, separase de su madre al hijo de Capeto y lo entregase á un maestro, que designase el director general de la comuna de París.

Sin sospechar siquiera de semejante determinacion, porque los presos del Temple vivian en estrecha comunicacion con el mundo exterior, se habia recogido el delfín como de costumbre en la noche del 3 de julio y se habia dormido profundamente. Careciendo su lecho de cortinas, María Antonietta habia extendido sobre su cabeza un chal clavando las extremidades en las paredes, cosa que no le diese en el rostro la luz del cuarto y molestase su sueño. Eran las diez de la noche y todavía las señoras no se habian acostado. La reina y la princesa Isabel remendaban su ropa, al paso que la infanta Teresa, sentada entre las dos, leía un diccionario histórico. Acababa de dejarlo y de tomar un libro de oraciones, á instancias de su madre, cuando se oyeron pasos de varias personas en el corredor, el correr de los cerrojos y la apertura de la puerta de la antecámara. En seguida entraron hasta seis comi-

sarios, el principal de los cuales, encarándose con la reina sin mas saludacion, le dijo:

—Venimos de órden de la Comision de salvacion pública á llevarnos el hijo de Capeto

—¡Llevarse mi hijo! gritó la reina poniéndose en pié y pálida de horror. No es posible; ni creo, señores, que las autoridades piensen seriamente en separarme de mi hijo. El es todavía muy jóven y necesita de mis cuidados y caricias.

—Resuelto por la Convencion y dispuesto por la Comision de salvacion pública, el decreto es preciso llevarlo á debido efecto; observó otro comisario.

—No lo consentiré, replicó María Antonietta en su desesperacion. En nombre de lo mas sagrado, os conjuro no cometer tamaña crueldad.

Isabel y Teresa mezclaron sus lágrimas con las de la desolada madre, todas tres se plantaron delante del lecho del delfín, se enlazaron de las manos, gimieron, hicieron los mayores extremos de dolor, levantaron al cielo las mas fervientes oraciones; pero no por eso los comisarios se movieron á compasion.

—¿A qué conduce esa jeremiada? dijeron. Nadie va á mataros vuestro hijo, dádnosle de bien á bien ó nos le llevamos por fuerza.

Diciendo esto se encaminaron á la cama, en cuyo acto María Antonietta extendió los brazos para proteger á su hijo, tropezó con la cortina improvisada, se desprendió esta, cayó sobre la cara de aquel y le despertó. Al notar lo que pasaba, muy asustado se arrojó en los brazos de su madre gritando:

—Mamá, querida mamá, no me dejes solo.

Toda temblorosa le estrechó contra su pecho, le tranquilizó y trató de impedir que se le arrebataran los desapiadados comisarios. Todo en vano. Habia dispuesto la república que el hijo fuese separado de su madre y tal debia hacerse sin miramiento ni consideracion ninguna.

Visto que no habia remedio, que quiera, que no, se iba á llevar á efecto aquella cruel separacion, pidió la afligida madre la prometiesen al ménos que el niño se quedaria en la torre del Temple, donde ella pudiese verle todos los dias.

—Nada tenemos que prometer, le contestaron, ni cuenta que daros. ¡Cáspita! y cómo os alarmais y chillais, solo porque alejan de vos á vuestro hijo! ¿Y qué es lo que pasa con los nuestros? Cada dia pierde alguno de ellos un brazo, una pierna, la vida, á manos de los enemigos que vos habeis concitado contra nosotros. Y por cierto que no hacemos tantos escorrozos como vos.

—Es todavía muy jóven mi hijo, repuso la reina con dulzura, para servir á su patria. Espero, sin embargo, en que Dios permita le consagre algun dia la vida.

Impelidas por los comisarios las princesas vistieron al niño que sollozaba y bostezaba á un tiempo. Entónces la reina se dejó caer en una silla, se armó de valor y llamando á sí al delfín, le puso ambas manos en los hombros y le dijo con solemnidad:

—Hijo mio, es fuerza que nos separemos. Recuerda tus deberes cuando yo no esté contigo para recordártelos. No olvides á Dios que te está probando, ni á tu madre que ruega por tí. Se bueno y ten paciencia, que por ello te bendecirá nuestro Padre que está en el cielo. Madre é hijo se miraron por largo rato, él

con los ojos anegados en lágrimas, ella pálida é inmutada, con los suyos secos; y besándole en la frente le empujó suavemente hácia el carcereiro. El muchacho, sin embargo, no queria separarse de su madre y esta, con el corazón despedazado, agregó:

—Es preciso obedecer, hijo mio. Dios lo quiere así.

En aquel instante se oyó en el corredor una risa destemplada y salvaje. Se estremeció la reina y miró en torno, y descubrió en la abierta puerta á Simon y su mujer, cuyas miradas, estaban fijas en ella con maligna complacencia. La Simon extendió ambos brazos desnudos y secos al niño, le agarró y le echó fuera.

—¿Es ella quien ha de cuidar de mi hijo? preguntó María Antonietta en el colmo de la desolacion. Va el hijo de mis entrañas á estar con esta mujer?

—Sí, contestó Simon cuadrándose delante de la reina con atroz desfachatez, con esta mujer y conmigo, su marido, va á vivir el pequeño Capeto y te aseguro que recibirá una educacion real. Le enseñaremos á olvidar lo pasado y á tener presente que es hijo de la república. Si no aprende por las buenas, aprenderá por las malas y seguro sabrá á que sabe mi antiguo tirapié.

Hizo un saludo á María Antonietta acompañado de sonrisa diabólica y siguió en pos de los comisarios, que ya habian salido. Se cerraron otra vez las puertas, se corrieron los cerrojos, y dentro de aquellos aposentos reinó la quietud de la muerte. Las dos mujeres, enlazadas de las manos, se arrodillaron en el suelo y oraron devotamente.

Desde ese dia la infortunada reina perdió toda esperanza, se negó á todo consuelo. Ni las reflexiones de su cuñada, ni las caricias de su hija, la sacaban de su abatimiento y abstraccion, siendo lo peor que se negó á toda ocupacion, á trabajar, á leer y hasta á moverse.

Solo unos cuantos minutos todos los dias se animaba un poco su semblante y volvía á sus miembros paralizados la facultad de la locomocion. Esos minutos eran cuando esperaba

por su hijo, que diariamente en compañía de Limon subía al piso superior y á la meseta de la torre. Entónces ponía ella la oreja á la puerta del corredor y escuchaba sus menudos pasos y las palabras que le dirigía al rudo carcereiro al pasar allí.

Pronto descubrió además medio de verle. Había una requebradura en el piso del cuarto en que se paseaba el niño, y á través de ella, no obstante su estrechez, tras grandes esfuerzos, lograba verle una mano, el pié, un extremo del vestido, un rizo de su dorada cabellera. Entónces, es mas fácil de concebir que de pintar lo que pasaba por el alma de aquella desventurada madre.

A veces tambien un comisario compasivo, al hacer la inspeccion de la cárcel, le comunicaba noticias de su hijo, le decía que estaba bueno, que habia aprendido á jugar la pelota y que por su mansa índole se habia ganado el amor de todos. Esto la reanimaba un tanto; pero no tardaba en recibir nuevas de carácter enteramente contrarias, y de un modo directo, que era lo peor. Sus lamentos, las amenazas que le hacia Simon, los epítetos injuriosos que le dirigía la mujer de este, á veces se oían distintamente en los aposentos de la reina, llenando, como es de suponerse, su espíritu de angustia desesperacion.

No era lo peor con todo eso, oírle llorar, saber que á su hijo querido, le maltrataban á posta, mas terrible sí cabe era oírle cantar, al son de las risotadas de Simon y de su mujer, las canciones revolucionarias y aun obscenas que le habian enseñado, con el objeto de pervertir su buena índole, á tiempo que arruinaban la salud de su cuerpo con el maltrato.

Al principio la reina, al oír estas canciones indecentes, prorumpía en lamentos, en gritos y amenazas contra los atormentadores de su hijo. Gradualmente una especie de parálisis dominó su corazón, y, cuando el 2 de agosto, la llevaron del Temple á la cárcel; los pálidos labios de la reina murmuraron: Gracias á Dios que no tendré que oírle cantar mas.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO XXIV.

LA MUERTE DE LA REINA.

La noche de San Bartolomé que prepararon á la Francia la malvada Catalina de Médicis y su demente hijo Carlos IX, tuvo su horrible y sangrienta repetición ahora, con esta diferencia, que aquel espantoso drama terminó con las sombras de la noche; y este continuó aun muy entrado el dia.

El sol alumbró el cadalso, que como un monstruo se alzaba en la plaza de la Revolucion, en el hacha que cercenaba cabezas sin cuento, y en los arroyos de sangre que corrian por las calles de París. Brilló en aquel dia en que María Antonietta ascendió las gradas del patíbulo, como ántes habia ascendido su marido, y pasó á mejor vida á descansar de los pesares y humillaciones anteriores.

Esto fué el 16 de octubre de 1793. Por cuatro meses seguidos María Antonietta lo habia espe-

rado como la solucion mas feliz que podia tener el drama de su triste vida. Le saludó con una especie de regocijo, como le saludaba con gritos salvajes de gozo el pueblo enfurecido. Al cabo de cuatro meses de su tránsito del Temple á la cárcel de la Abadía, recibió la libertad, no la que dan los hombres, sino la que concede Dios á los que padecen,—la libertad de la muerte.

No necesitaba ya la viuda de Capeto de modistas ni peluquero para vestirse y hacerse el tocado. Envolvía su elevado y esbelto talle en traje de lana negro que á ruegos suyos, le habia dado la república, como para mejor recordar la muerte de su marido. Ocultaba su cuello y hombros, admiracion en otro tiempo de la Francia, un pañuelo de muselina blanca, que por pura compasion le habia dado su carcereiro Bault, y sus cabellos sueltos, en largas y flotantes hebras le flotaban por ambos lados del rostro transparente. Ni requerian polvo